

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5



EL OMNIBUS.

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.



SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabril. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

UN DIA DE AÑO NUEVO.

TRISTEZAS, CONSUELOS Y ESPERANZAS.

TRISTEZAS.

—¿Ya está dispuesto tu regalo, Teresa?

—No, en verdad: los artesanos no cumplen nunca: no hay cosa peor que estar pendiente de ellos cuando llega el primer día de año, porque siempre faltan a su palabra.

—Cierto que son insufribles. Pues por mi parte no me encuentro menos comprometida. ¿Te acuerdas que compré para mamá un taburete de tapicería, tan bonito, de tanto trabajo, con un punto tan lindo..?

—¿Lo compraste hecho?

—Se entiende. Solo había pensado llenar el fondo de lana blanca; pero á poco que lo empecé me cansó de tal modo, que renuncié á continuarlo y se lo di á acabar á una muchacha á quien protege mamá... ya sabes... María Pereda. Pues bien; esta muchacha ha caído mala, dicen que con viruelas. El fondo está aun por llenar; y ni sé donde está, ni quiero ir á verlo, no se me vaya á pegar la enfermedad.

—Yo lo creo: eso sería muy peligroso. Envíala tu doncella.

—Es que eso es tan malo para ella como para mí.

—Tienes razón, mas vale renunciar á tenerlo.

Esta conversacion pasaba el 31 de diciembre en el hueco de una ventana entre las dos lindas

jóvenes Lucía y Teresa, mientras que arrimados á la lumbre la condesa viuda de San Lucas, madre de la primera, y el marqués de Pradoameno, abuelo de la segunda, antiguos y buenos amigos, recordaban sus tiempos pasados y se comunicaban mutuamente sus penas.

Vea V., dijo el marqués, un día que en otros tiempos, tenía para mí muy gratos momentos. En casa de mi padre, el día de año nuevo había una verdadera fiesta de familia; ¡cómo nos divertíamos en presencia de nuestros abuelos! ¡Oh! aquellos sí que eran buenos tiempos! En esos días nos hacíamos mutuamente regalitos de muy poco valor, pero cuyo mérito consistía en la buena voluntad y el cariño con que se daban. Aunque ya hemos pasado cincuenta años sobre estos sucesos, todavía me acuerdo de una navaja de mango negro, con cortaplumas, raspador, sacatrapos y tirabuzón, que me regalaron uno de esos días y con cuya preciosa adquisición me puse loco de contento: escasamente podía valer cuatro ó cinco

¡Oh! el corazón es el todo en estos casos... yo no miro á otra cosa... Hoy día... en fin... dejémonos de esto.

—¿A quién se lo dice V., marqués? Yo prefiero el menor recuerdo, un solo afecto que parte del fondo del alma, á todos los obsequios y también á todo el brillo y la lozanía del entendimiento mas despejado. Para mí este primer día del año, no trae consigo sino recuerdos bien dolorosos. Mi hijo...

—¡Pobre Eugenio! Os aseguro, condesa, que he comprendido cuanto lo habéis sentido y que os he acompañado desde lejos en vuestra aflicción, sintiendo de todas veras no haberme encontrado en Madrid cuando ocurrió esta desgracia.

—Mucho, mucho sufro, amigo mío. El recuerdo de un hijo perdido es un verdadero martirio para mí. Me dicen que necesito distracción. ¡Distracción! ¿Por ventura se puede distraer á una madre que ha perdido á su hijo? Los que tal creen, no los tienen sin duda. Verdad es que se hace

preciso volver á la vida material y positiva, quitarse el luto, procurar poner á todo el mundo la cara alegre; pero ¿por esto se olvida? ¿permite Dios á las madres olvidar? ¿Y luego un hijo de treinta años, que era mi apoyo, mi esperanza, mi consuelo, mi mejor amigo y hasta mi consejero..?

—Cierto, cierto, amiga mía. La pérdida de V. es muy sensible; pero es preciso que se esfuerce en consolarse: al fin le queda á V. Lucía; esa criatura tan encantadora, sea dicho sin lisonja.

—Lucía es muy linda sin duda, dijo su madre, pero no es Eugenio... Y ponía la mano sobre su corazón, como diciendo con esto: la diferencia está aquí.

—En verdad, condesa, que sois muy severa: todo el mundo elogia á Lucía, el otro día mismo me decían en una casa: ¡Qué frías han quedado nuestras reuniones desde que la condesa no viene á causa de su luto!

—Sé muy bien que gusta generalmente, replicó

su madre: aprecio mejor que nadie sus talentos, su gracia, y sin embargo, todo eso no me satisface aun. Quisiera algo mas que lo que el público le exige: quisiera en ella un poco de eso

su madre: aprecio mejor que nadie sus talentos, su gracia, y sin embargo, todo eso no me satisface aun. Quisiera algo mas que lo que el público le exige: quisiera en ella un poco de eso



Tan sola todavía, amable condesa.—Pag. 2.

pesetas; pero mi pobre hermana, que me la regalaba, había estado estudiando mis gustos dos meses antes para comprármela y había sacrificado para esto una buena parte de sus economías.

que Dios no ha dado á todos. A vos puedo decirlo, porque nos hablamos con íntima confianza. Lucía no tiene el corazón sensible, que es lo que yo principalmente desearía. En prueba de ello os diré que no ha muchos días, en uno de esos momentos de tristeza en que me falta la conformidad, miraba yo con cierta complacencia á Lucía, porque la veía también muy triste: ella callaba y meditaba: yo creí que se ocuparía, como yo, de Eugenio, y le dije:

—¿En qué piensas, Lucía?

—En el día de año nuevo! me respondió.

—Yo también pensaba en él, hija mía!

—Es un día tan agradable!

—Sí, le respondí yo, cuando pueden reunirse todos; cuando no falta nadie...

—Pues no faltarán, mamá, si V. los convida con tiempo.

—¿Cómo convidarlos! ¿para qué?

—Para nuestra reunión ordinaria del día de año nuevo. ¿No lo hemos hecho siempre así? Si no lo hacemos este año, será la primera vez que suceda.

—Verdad es, le respondí yo: y las lágrimas ahogaron mi voz, porque este día de año nuevo era el primero que no veía á mi hijo.

—¡Pobre madre! dijo el marqués. Vamos, cobre V. ánimo.

—¡Oh! demasiado tengo en verdad. La prueba de ello es la conducta que he seguido: he conocido que en la edad de Lucía las impresiones no pueden ser muy duraderas; que ella no era más que su hermana y yo soy su madre: por otra parte, no extraño que quiera distraerse: llevamos ya diez meses de vida retirada. Así es que desde por la mañana me he ocupado de mi toilette y he dispuesto mi salón para una reunión de confianza. Algo había de hacer por complacerla! Y si al fin esta ligereza de su edad se compensase con algunos movimientos cariñosos de su alma! pero, amigo, no encuentro en ella nada de eso. Es cierto que no descuida ninguno de sus deberes respecto á mí, y que es cumplida, respetuosa y sumisa; pero nunca sale de su corazón uno de esos rasgos que van derechos al alma porque salen de ella. Teresa es muy niña: apenas tiene quince años, y sin embargo me parece que bajo un exterior alegre y risueño oculta un gran fondo de sensibilidad.

—No siempre, amiga, porque yo muy pocas veces los noto. Con tal de que esté divertida, no se ocupa de otra cosa: es verdad que yo no me busco tampoco más que eso. ¿Qué queréis? Nosotros los padres tenemos que hacerlo todo por nuestros hijos, sin esperar nada de ellos en recompensa. Yo sé que Teresa me quiere mucho, y me creo muy feliz cuando me obsequia con una bolsa ó un par de zapatillas: esas son mis insignias de honor. Pero por lo demás, encuentro en ella poca solicitud y poco cariño. Recibir mucho y dar poco, es la conducta de los niños; á la que nosotros correspondemos amándolos entrañablemente.

—Por eso yo no puedo olvidar un momento á Eugenio, que, especialmente durante su enfermedad, nos había tomado un cariño ardiente y entrañable. Las almas se unen más por estos símulos de tristeza que en los días de alegría: así, que el cariño que yo tenía á Eugenio se aumentaba en vez de disminuirse. Me parece verlo aun sentado en esta butaca, con el codo apoyado sobre esta mesita. A veces abría un libro; pero lo volvía á cerrar al instante. Su atención no podía fijarse un momento en nada: no amaba sino el silencio y el reposo. Lo he visto permanecer horas enteras contemplando una flor muy común, una *miosotis*, á la que había tomado mucho cariño, y á quien llamaba su buena amiga. Era esta sin duda una preocupación de su enfermedad; pero no completamente infundada, porque es verdad muy de notar que entre la preciosa colección de flores que yo les había reunido, se hubiese aficionado principalmente á aquella cuyo nombre dice á todos: *No me olvidas*.

—¿Y habéis conservado esta flor?

—No ciertamente. A la muerte de mi hijo siguieron esos días crueles de pesar y de abatimiento, en que ni yo ni Lucía nos ocupábamos de nada. La flor quedó abandonada, se secó y hubo que tirarla.

—Pero en esos momentos, según decís, habéis tenido ocasión de conocer la sensibilidad de

Lucía. Y propósito de esto, he oído decir que se afectó extraordinariamente con su desgracia.

—En efecto, extraordinariamente; así es la verdad. Yo misma tenía que hacer esfuerzos para consolarla. No quería ni comer ni salir de casa. Pero todo lo que es muy fuerte es muy poco duradero: así es que á Lucía le pasó muy pronto su pena y yo vine á encontrar esta simpatía del dolor en una pobre muchacha, María Pereda, huérfana á quien acaso conocéis.

—Sí, en verdad: ha trabajado mucho para Teresa: y ahora mismo dicen que está gravemente enferma.

—Así es: ¡pobre María! Pues bien, trabajaba en casa cuando ocurrió esta desgracia; y no puedo ponderaros cuanto afecto me demostró con tan triste motivo. Todo lo comprendía, con un tacto y una previsión exquisita. La ternura y el reconocimiento con que me miraba, fueron sin duda los que le hicieron derramar muchas lágrimas por mi hijo, que era mi bálsamo de consuelo, mucho más por cierto que los numerosos cumplidos de condolencia que recibía de los extraños.

Aquí llegaba la conversación cuando un criado anunció una visita. La señora de San Lucas se levantó, y dejó su amistoso coloquio por otro de esos en que no se oyen más que las frases más galantes usadas en la alta sociedad. Con ellas sin embargo vino envuelta una expresión de consuelo para aquellos padres que tanto lamentaban su falta.

II

CONSUELOS.

Tan sola todavía, amable condesa, á las nueve de la noche á cuya hora esperaba veros rodeada de convidados ¡Es verdad que se comen tan tarde! y luego, no tengo derecho á quejarme por estas costumbres modernas que nos hacen convertir la noche en día, por que al fin á ellas debo el tener la felicidad de encontrarme solo con vos.

—Siempre tan galante, respondió la señora de San Lucas, alargando la mano á su antiguo amigo.

—Siempre: ya no es uno joven—según dicen, porque yo nunca he sabido mi edad;—pero el corazón no envejece nunca.

—Es cierto; y la amistad fundada en la estimación es la única duradera.

—Sabeis, condesa, que eráis muy niña cuando tuve el gusto de veros por primera vez en Italia.

—Me acuerdo muy bien.

—Y ya muy linda.

—Pues: hénoslos aquí de nuevo en el terreno de las galanterías.

—Al veros, lo confieso, se me figuraba contemplar una de las Gracias.

—Amigo mío, esto va á las mil maravillas.

—Tranquilizáos, amable vecina: conozco demasiado vuestra modestia para haceros cumplidos que la ofendan: pero mi sinceridad y mis años me dan este derecho. Ahora bien. Menos aquí, después de esperarlo trescientos sesenta y cinco días, en posesión de ese primer día que no viene sino una vez en cada uno de ellos. ¡Oh! si viniera siquiera cuatro veces al año, acababa conmigo.

—¿De veras?

—De veras. Este ruido, este ir y venir, estas visitas, estos regalos, este enjambre de carruajes, me abruma; y conozco que ya no hay para mí nada real y positivo más que mi chimenea, ó la vuestra, que es la de mi *partida diaria*.

—¡Estáis cansado!

—Oh, terriblemente. Es cierto que un padre se debe á sus hijos desde el principio hasta el fin del año; pero cuando llega el día primero, es una cosa insoportable. Figuráos, condesa, que hoy he tenido un almuerzo en que éramos veintidos á la mesa.

—¡Veintidos!

—Justamente. Y faltaban todavía mis dos sobrinos, el ingeniero y el artillero, que son justamente los que yo prefiero, las dos niñas de mis ojos: pero creo que el año que viene sus respectivos regimientos estarán en Madrid. Volviendo al día primero del año, después del consabi-

do almuerzo, ha habido á las tres una gran pastelada.

—Una pastelada.

—Sí, condesa; no podía menos de tenerla. Los chicos se fastidiaban mucho y estaban muy descontentos al tiempo del almuerzo: sus mamás querían hacerlos callar sin poder lograrlo. Entonces yo los llamé á todos; y les dije: vaya, hijos míos; id á jugar, y yo os prometo sentaros más tarde al rededor de una mesa, y así se verificó á las tres en punto, llena de pasteles. Luego tuve que llevar á mi hija Teresa en casa de su tía para que le hiciese sus cumplidos de costumbre. A las cinco la llevé á casa de su prima, que la esperaba á comer: á las siete la he vuelto á traer á casa para que hiciese su toilette. En fin, he estado de servicio todo el día.

—Pero en cambio habéis tenido hoy alguna agradable sorpresa.

—No por cierto. Es decir: recuerdo haber oído á Teresa quejándose con su doncella de que los artesanos no cumplen sus palabras, y tal vez esperaba algún regalo para mí; pero no ha llegado; y lo peor de todo es que Teresa disgustada de no haber podido ofrecérme nada en este día, ha pasado todo él con un gesto insoportable. Esto era lo que me faltaba para completarlo, pero al fin los muchachos son muchachos, y es preciso sufrirlo todo.

—Sois muy indulgente. Por mi parte, os aseguro que me hubiera causado Lucía la mayor satisfacción, trayéndome cualquiera bagatela hecha de su mano; pero amigo, sin duda no ha tenido tiempo, ó no se ha ocupado de ello.

—Luego, con el frío se pierde la agilidad de los dedos.

—¿De veras?

—¡Oh! es indudable. En otros tiempos las muchachas resistían muy bien el frío: se les acostumbraba á no ver jamás el fuego. Me acuerdo muy bien de haber visto á mi hermana, á los quince años, sentada en un taburete sin respaldo y en un cuarto sin chimenea, porque entonces no se las conocía, y á una legua del brasero, que apenas calentaba la habitación. Esa si que era una buena educación, que contribuía á formar mujeres útiles, y en prueba de ello ¿no es así como habéis sido educada, condesa?

—¡Siempre lisongeró, amigo mío! ¿Pero que es esto? Son ya las nueve y cuarto, y Lucía no ha acabado aun su toilette.

—Estad segura de que su toilette ha terminado ya; pero cuando entré con Teresa, se encerraron las dos en su cuarto, y probablemente se estarán refiriendo mil historias. ¡Tienen tanto que hablar las muchachas, sobre todo en esta edad!

La señora de San Lucas tiró de la campanilla, é hizo llamar á su hija.

Lucía entró seguida de Teresa: ambas estaban tristes: ambas habían llorado: sus padres no les hicieron pregunta alguna. Por otra parte á cada momento se abría la puerta y se anunciaba á los que iban llegando. Era menester estar amable, atender á todo y dar las órdenes para servir los refrescos. Lucía desempeñó con mucha gracia y desembarazo las funciones de ama de casa. La pobre madre iba de una parte á otra, apretando á todos la mano y diciendo á cada uno alguna palabra cariñosa; aunque de cuando en cuando dirigía furtivamente sus miradas á un cuadro colocado en un rincón de la sala.

Este cuadro, que era de ébano, contenía una mecha de cabellos rubios, y la primera corona que su hijo había recibido en el colegio: había también en él una firma que apenas se podía leer y decía: *Eugenio de San Lucas*. El mismo era el que, siendo aun muy niño, había trazado los caracteres de su nombre al final de la primera carta que había dirigido á su madre.

A las doce se retiró toda la concurrencia, quedándose el último el marqués, que se acercó á la chimenea para aprovechar aun por algunos instantes el fuego, que comenzaba ya á extinguirse. Teresa y Lucía iban á formar corrillo aparte para continuar sus confidencias, cuando el anciano les dijo: vamos niñas, acercáos aquí, y contadme la causa de vuestro pesar. Véamos, Teresa, que es lo que tienes.

—Yo nada, mi buen papá.

—Vaya, vaya, dejemos esa negativa, y entremos en confidencias como buenos amigos. Algo tienes y me lo ocultas.

Teresa no respondía, sino que miraba á su compañera, que se esforzaba en contener el llanto: de repente los ojos de Lucía se anublaron, una lágrima cayó sobre sus lazos de cinta color de rosa y otra sobre su mano.

—¿Pero qué tienes, hija mía? la dijo la señora de San Lucas. ¿Por qué lloras? ¿No he hecho yo lo que tú deseabas? ¿No estás contenta? ¿Qué mas puedo hacer por ti?

—Nada, nada, mamá mía: vos todo lo habeis hecho por mí: yo soy la que no he hecho nada por vos, y eso es lo que tanto me aflige.

Al oír estas palabras, la señora de San Lucas conoció toda la fuerza del único lazo que la ligaba al mundo. Estrechó á su hija contra su seno, y sintió por primera vez que apretaban su mano con un afecto igual al suyo. Sin embargo, Lucía callaba, y su compañera decía á media voz: ¿Por qué no hemos de confesarlo todo? ¿Me dejas leer la carta que he recibido esta mañana? Lucía hizo un signo afirmativo. Teresa salió entonces precipitadamente, y volvió al instante, trayendo en una mano una carta, y en la otra una maceta pequeña. Colocó la maceta en un rincón á la sombra, y no enseñó mas que la carta, que leyó en alta voz y estaba concebida en estos términos:

«Mi apreciable señorita: Hoy es día de año nuevo: estoy enferma y tal vez lo estaré mucho tiempo: me siento muy mal, y el médico teme que sean viruelas. Siento mucho el disgusto que os causo, porque contabais conmigo para acabar el fondo de tapicería, y no he podido cumplir mi palabra. No tendreis, sin duda, nada que ofrecer á vuestra madre: y esto es un verdadero pesar para mí.

«Permitidme, pues, señorita, que os ofrezca un medio de reparar en parte el mal que os he causado. Ya sabeis que amo á la señora condesa con toda mi alma, y que mi amada bienhechora me permite ofrecerle alguna vez pequeñas muestras de mi gratitud. Pues bien, señorita, cuando el Señor llamó á sí al señorito Eugenio, noté que la flor que tanto le gustaba y que se había arrojado por seca, no lo estaba del todo. La recogí, y la he cuidado tanto, que con la bendición de Dios se ha vuelto á poner tan hermosa como estaba al tiempo que cayó malo vuestro hermano.

«Tenia intencion de haber ido á felicitar á la señora condesa, y presentarla esa pobre flor, que no tiene otro mérito sino la predileccion con que la miraba su hijo; pero no pudiendo hacerlo, os la envío para que se la presenteis vos misma; y así le será mucho mas agradable el recibirla. No tengais cuidado alguno en admitirla porque no la he tenido en mi cuarto ni la he tocado desde que estoy enferma; y cuando se la han llevado, apenas la he mirado, temiendo contagiarla y causaros algun mal.

«Adios, señorita, recibid mis afectos y la seguridad del respeto que le profesa su humilde servidora—MARIA PEREDA.»

—¿Dónde está esa maceta? exclamó la condesa.

—Aquí está.

La señora de San Lucas la tomó en su mano y permaneció inmóvil contemplando largo rato la buena amiga de su hijo. La flor había recobrado la vida, pero tenia un colorido y un aspecto mas triste: parecia representar el espíritu de Eugenio oculto entre sus hojas; y la condesa al mirarla derramaba copiosas lágrimas.

Por último logrando vencerse, y dirigiéndose con cariño á Lucía.

—Oh hija mía, la dijo, tú has querido que yo conociese la hermosa alma de María, y por eso te has humillado ante lo delicado y tierno de su regalo. Yo te perdono esa frialdad pasajera que algunas veces te he reprendido; y como prenda de mi cariño, te doy lo que mas caro me es en este momento. Toma ese miosotis que tanto quería Eugenio, y guárdalo como un recuerdo suyo y de la angelical María.

Lucía vivamente afectada, ocultaba el rostro entre las manos, y el anciano la miraba con cariñoso interés, cuando Teresa, arrojándose de pronto en los brazos de su abuelo le dijo:

—Yo tampoco he hecho nada por vos: al contrario; ¡he estado de tan mal humor y tan poco amable! Pero todo ha concluido, mi querido abuelo: quiero ser desde hoy en adelante como mereceis y empiezo por ofreceros lo único que tengo: mi cariño y mi buena voluntad.

—Ven acá, ángel mio, hija de mi alma. Y el anciano abrazaba á Teresa lleno de gozo, creyéndose recompensado en aquel momento de quince años de desvelos y de afanes que había consagrado á aquella nieta predilecta.

El reloj daba la una. Las luces palidecian, y el fuego se había apagado cuando este grupo feliz trataba de separarse; pero la posición de la condesa y de su anciano amigo habían mejorado mucho en aquel momento. Al fin habían encontrado esa reciprocidad de afecto, cuya falta tanto lamentaban.

III.

ESPERANZAS.

Seis años habían pasado ya después de aquella humilde y cariñosa ofrenda de María.

En el salón de la condesa de San Lucas estaban reunidos dos matrimonios jóvenes y el marqués de Pradoameno, encorvado ya con el peso de una larga ancianidad. Era tarde; y también era día de año nuevo.

Tres lindísimos niños jugaban sobre una alfombrita. Leoncio y Eugenia llamaban mamá á Lucía, y Joaquín, robusto muchacho de veinte meses, se arrastraba á los pies de Teresa, que lo llamaba hijo mio.

Los oficiales, jóvenes y buenos mozos, conversaban á alguna distancia: eran los dos sobrinos del marqués, el ingeniero y el artillero, que seis años antes habían faltado al almuerzo del día de año nuevo. Estos jóvenes habían vuelto en efecto á Madrid, habían frecuentado la casa de la condesa, donde se les había recibido con el agasajo que merecian su finura y sus talentos, y allí se habían prendado de nuestras dos heroínas, casándose el ingeniero con Lucía y el artillero con su prima Teresa.

—Esta escena, dijo de repente el marqués, me recuerda un episodio que ha tenido una grande influencia sobre todos nosotros. Vosotros, señores, ignorais tal vez que hace seis años todo el mundo lloraba en este salón.

—¿Lloraban? dijo el comandante de ingenieros.

—¿Pero de que modo? dijo el marqués. Lloraba la condesa, lloraba su hija, lloraba Teresa, y lo que es mas, lloraba yo también.

—¿Vos también! Eso es curioso. Ea, pues, referidnos ese episodio.

—Con mucho gusto.

El marqués sacó su caja, tomó un polvo de rapé, se arrellanó muy bien en el sillón, y contó muy despacio, y con todos sus incidentes, la historia del miosotis, sin olvidar ningun detalle. Las muchachas, al oírlo, tan pronto respiraban, tan pronto se ponían encendidas como la grana. Esta historia les recordaba las pequeñas injusticias y ligerezas de su juventud, y la bondad é indulgencia de sus padres.

Cuando el anciano terminó su pausada y minuciosa relación, la señora de San Lucas añadió algunas palabras, y dijo que el miosotis había conservado siempre una gran influencia sobre Lucía y Teresa. Hasta tal punto, añadió, que yo estaba algo celosa: cada vez que miraba mi hija á esta pobre flor, encontraba allí fuerzas para dominar su indolencia ó su pereza: parece que aquellas hojas hablaban. Y es que el recuerdo de los que ya no existen, nos hace mejores: y por otra parte Lucía no podía mirar aquella flor sin decirse á sí misma: Tu madre ya no cuenta mas que contigo en el mundo. ¿No es verdad, hija mía?

—Sí, mamá, respondió la joven. Y te añadiré que hasta esa época me parecia muy natural todo lo que tú hacías por mí: después es cuando he podido apreciar lo que una hija debe á la que le ha dado el ser. ¡Oh! es preciso ser madre para conocer lo que ellas valen: ¿no es verdad, mi Eugenia querida? ven acá, dame un abrazo.

—Voy allá, mamá, voy corriendo. Es que mi pobre niño tiene frío, decía estrechando entre sus brazos á la muñeca; y no se cuidaba de acudir á la voz de su madre.

—Hé ahí lo que son los niños, dijo el comandante. Reciben mucho y no dan nada. Déjala, Lucía, déjala que juegue, ella no puede comprenderte aun.

—Tienes razón, Jorge, dijo Lucía, en creer que mi hija no me querrá aun en muchos años

como yo la quiero. Esperaré. ¿No habeis esperado vos por mí, madre mía? Una lágrima de ternura humedeció entonces los ojos de la joven, y su madre le estrechó afectuosamente la mano.

Después de un momento, la conversacion volvió á recaer sobre el miosotis y sobre María Pereda.

—Amigos míos, dijo la condesa, sabed que esta interesante huérfana, cuya infancia había puesto Dios á mi cuidado, se ha hecho una excelente modista y hace cerca de un año se ha casado con un muchacho muy hábil, asegurándose con el trabajo de los dos una posición muy desahogada. Estas señoras y yo hemos creído deber ofrecerle hoy una pequeña amistad, adecuada al estado en que se encuentra.

—Me parece muy bien hecho, dijo el marqués.

—Y os añadiré que he enviado á buscar á María para presentársela, esperando que tendreis gusto en recibirla en el salón.

—Muchísimo, dijeron todos á una voz.

A instancias de la condesa, María entró en el salón, se adelantó sin timidez ni descoco, encantando á todos por la dulzura de su fisonomía, en la cual no se conservaban vestigios algunos de las viruelas.

—Hija mía, le dijo afectuosamente la condesa, ya sabeis cuanto os quiero. Estas señoras participan del interés con que os miro, y las tres os rogamos que acepteis una muestra de nuestro cariño. Es pequeña; pero es hija de nuestro corazón y fruto de nuestra manos.

—¡Estas señoras son tan buenas! exclamó María. ¿Pues qué he hecho yo para merecer tanto agasajo? Y hablando de este modo desenvolvía con mucho cuidado el objeto que acababan de presentarle. Era una preciosa capita para un recién nacido, en cuyas puntas estaban hábilmente bordadas dos miosotis.

Al ver estas flores, María no pudo contener algunas lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

—¡Ah! señora, le dijo: yo no olvidaré jamás esta prueba de cariño.

—Teneis razón, hija mía, dijo el anciano marqués: lo que parte del corazón no se olvida nunca. Yo también quiero que acepteis alguna cosa mía. Seré padrino del niño.

—¡Oh, señor! cuantas bondades!

—¿Y me permitirá la señora condesa que elija la madrina?

—Sea lo que vos queráis, amigo mio, dijo sonriéndose la señora de San Lucas. Su frente se anubló entonces por un breve instante, después del cual dijo á María:

—Si es niño, le pondremos por nombre Eugenio.

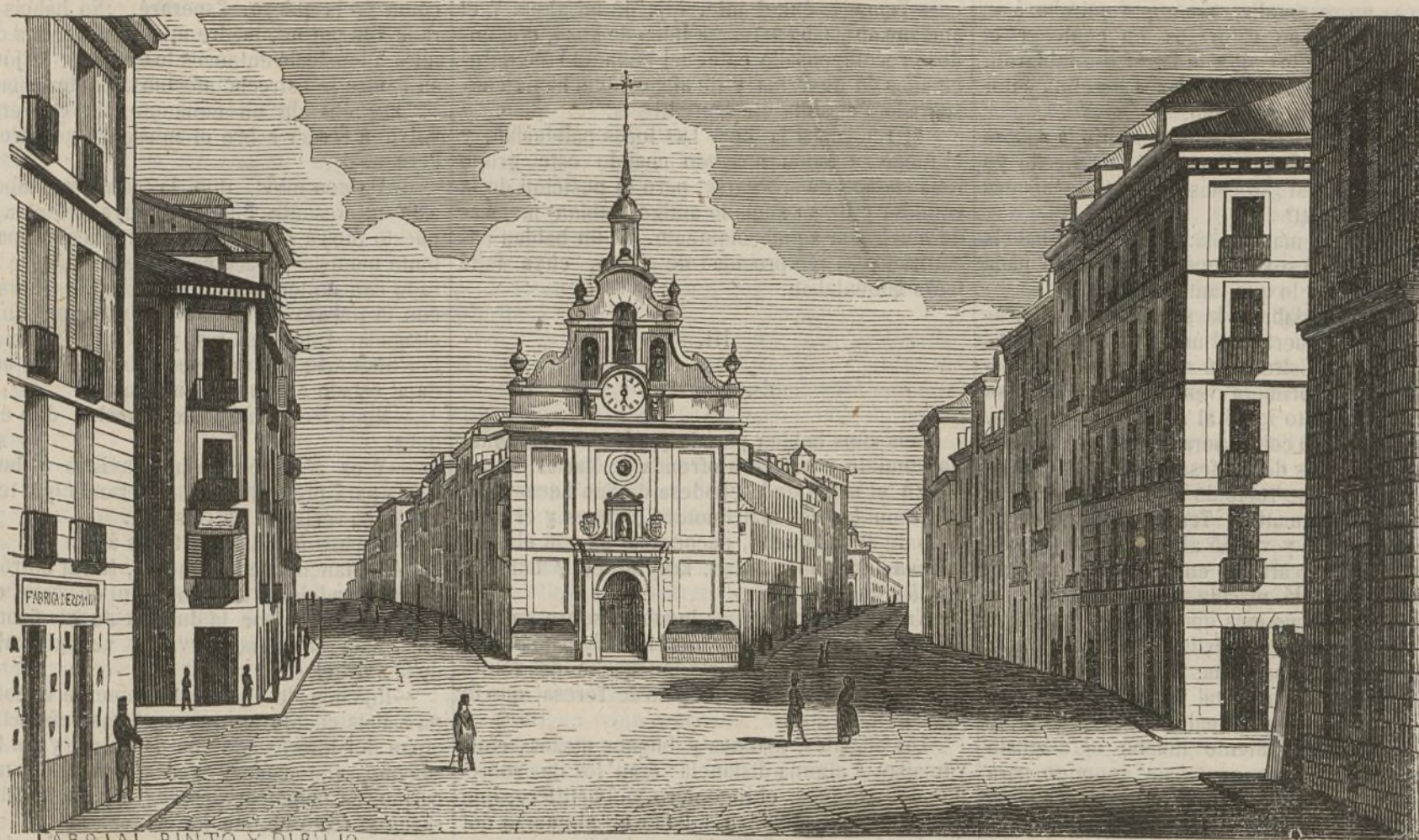
—Señora, ese era mi mayor deseo; pero temía afligiros al hacerlo.

—Por el contrario: será para mí un consuelo que ese nombre vaya unido á una hermosa alma; porque vuestro hijo tendrá el corazón de su madre.

María le dió las gracias con efusión; y al retirarse no pudo menos de dirigir una mirada al cuadro de ébano que encerraba la corona y los cabellos de Eugenio, viendo allí las hojas ya secas y marchitas del pobre miosotis.

LA PUERTA DEL SOL, EN MADRID.

Hace mucho tiempo que la encrucijada conocida en Madrid con este nombre goza en España de gran celebridad, al extremo de designarse de la misma manera en algunos pueblos el sitio habitual de reunión de los ociosos; porque es de advertir que la Puerta del Sol no debe su fama ni á los edificios que ostenta, ni á la regularidad de su forma, ni á otra cosa mas que á los grupos de desocupados que pasan allí el tiempo hablando mal del gobierno, comentando noticias absurdas ó soñando conspiraciones que alimentan sus esperanzas de medro. El nombre de Puerta del Sol le viene, según el señor Mesonero Romanos, de un castillo que hubo construido en 1320 en el que estaba pintada la imagen de este astro; pero con el ensanche de la población desapare-



Vista de la Puerta del Sol de Madrid en 1843.

ció el castillo y solo quedó una plaza de forma irregular y mezquina en que confluyen las principales calles de Madrid. Así ha permanecido tres siglos justos, consistiendo su única decoración en la pobre fachada de la iglesia del hospital del Buen Suceso, fundación de los Reyes Católicos, en el edificio de Correos y en casas desiguales, no todas nuevas ni elegantes. En el centro y delante de la iglesia se alzaba hace pocos años una fuente de gusto churrigueresco coronada por la estatua de Diana, á quien el vulgo designaba con el nombre de *Mariblanca*, sin duda porque estaba pintada de blanco. Llegó la hora de las reformas, y la fuente se trasladó á otro punto, se pavimentó de adoquines toda la plaza, se formó de asfalto una planta elevada delante de la iglesia, se revocó esta y se puso en lo alto de su fachada un nuevo reloj, tal y como aparece del grabado que acompaña, con lo cual, y una farola que luego se añadió en el centro, parecía haber quedado satisfecha la exigencia del público; pero hé aquí que hace tres años se quiso mejorar la Puerta del Sol, y en España ya se sabe lo que quiere decir la palabra *mejora*. La iglesia ha desaparecido, quedando en su lugar ruinas y escombros, y con ella, aunque pobre, los recuerdos históricos que representaba y la misa que todos los días de fiesta se decía á las dos de la tarde; el reloj ha pasado á ocupar el edificio de Correos, donde no parece que le va muy bien, si ha de juzgarse por la frecuencia con que se desentona; las casas de frente á Correos están como la iglesia, por tierra, y la famosa Puerta del Sol presenta el mas horrible aspecto por donde quiera que se la mira. Es verdad que todo esto se remediará algún día, y acaso antes de cien años, pues al efecto se han trazado ya, por lo menos diez planos y se han formado sobre cincuenta expedientes, y han mediado proposiciones de contratas para las obras, y andan á vueltas con el asunto el Ayuntamiento, y la Academia de San Fernando, y el real patrimonio, y el gobierno y las Cortes, y los propietarios de las casas, y los periódicos y hasta los niños de la Inclusa; medios todos suficientemente eficaces, para que esta vez al menos los extranjeros que vengan á visitar la corte que fué de ambos mundos no puedan esclamar con el desden que acostumbran: ¡Cosas de España!

MISCELANEA.

SABIA PRUEBA DE ENRIQUE IV. Un día estaba hablando con Enrique IV un embajador de Es-

paña, y le dijo que deseaba conocer á sus ministros para hablar á cada uno segun su carácter: *Voy á hacéroslos conocer*, dijo el rey: los ministros estaban en aquel momento en la cámara aguardando la hora del despacho: llamó al canceller de Sillery y, éste dijo: *Cancellor, estoy con cuidado de ver que el techo de mi gabinete no vale nada, y está amenazando ruina, de suerte que temo se me caiga encima*. Señor, dijo el canceller con el mayor sosiego, *es preciso que lo vean los arquitectos y componerlo, si hay necesidad; para esto es preciso apresurarse*. Llamó despues á Villeroy, y le dijo lo mismo que al primero: y respondió con precipitación sin mirar al techo: *Teneis razon, señor, esto hace á uno temblar*. Salieron estos y entró el presidente, á quien dijo el rey lo mismo, y respondió: *Señor, no sé lo que quereis decir, el techo está muy bueno*.—¿Pues qué nove yo las grietas que tiene, dijo el rey, y que está amenazando ruina?—Señor, dormid con sosiego; el techo durará mas que V. M.

Luego que salieron todos, dijo el rey: *embajador, ya habrás conocido el carácter de cada uno de los ministros que tengo: el uno no sabe lo que quiere hacer: otro dice siempre que tengo razon, pero el presidente dice lo que piensa, piensa bien y nunca me adula*.

De aquí resulta que la naturaleza es tan varia con los hombres, como con las demas producciones suyas: cada uno tiene su carácter distinto, y de esta infinita variedad es de donde la sociedad saca la ventaja de tener de todo; es necesario tomar lo mejor de unos y de otros, pero para esto es menester tener buen discernimiento: por último, podemos decir que la naturaleza se burla con los hombres: el mundo los engaña, la vida se les escapa, la fortuna se rie de ellos, el tiempo se les va de las manos, la muerte les coge, la tierra les consume, el olvido le convierte en nada; y en esto viene á parar el que ayer era un hombre.

PRIMERAS NOCIONES SOBRE LA PÓLVORA. Es cierto que la pólvora, ó al menos alguna sustancia que producía el mismo efecto, ha sido conocida muy antiguamente. Un comentador y un código de leyes del Indostan, pretende que se empleaba en aquel país desde un tiempo inmemorial. Marcus Gracchus que vivia al principio del siglo IX, menciona dos clases de fuegos artificiales, que los dos dice estaban preparados con carbon, azufre y salitre, molidos y mezclados juntos en un mortero; esta es exactamente la composición de la pólvora, Roger Bacon conocia

tambien esta materia fulminante, empero temia revelar demasiado abiertamente un secreto de que podia hacer un mal uso el pueblo, y en su tratado de *Secretis operibus artis et nature*, indicó los diversos ingredientes de la pólvora por estas palabras, *lura mope car ubre*, que son el anagrama de *carborum pulvere*. Bacon supone que con el auxilio de la pólvora, Gedeon destruyó á los madianitas con sus trescientos hombres. Las primeras noticias que se tienen sobre el uso de la pólvora en Europa, suben al siglo IX. Una antigua crónica dice, que el rey de Tunez, habiendo dado un combate marítimo al rey moro de Sevilla, se sirvió en esta batalla de tubos de hierro que estallaban como rayos. En el sitio de Algeciras que puso el rey Alfonso XI, se usaron los primeros cañones. Los venecianos emplearon la pólvora en 1380 en una guerra contra los genoveses, y toda la Italia los acusó de haber contravenido con esto á las nobles leyes de la guerra.

Cervantes, que tantas máximas morales contiene en su libro inmortal, hace decir á don Quijote, que sin género de duda alguna, el inventor de la artilleria está en los infiernos. Milton; en su *Paraiso perdido*, atribuye el descubrimiento del cañon á los gefes de las regiones satánicas. Swift, en sus *Viages de Gulliver*, reprende amargamente á las sociedades modernas por haber aplicado la geometría, la química y la mecánica á obras de destruccion. A pesar de la opinion de estos grandes hombres, es cierto que en nuestros dias las batallas en que se lanzan los proyectiles entre torbellinos de humo, son mucho menos sangrientas que las de los tiempos antiguos, en que combatian y peleaban los hombres cuerpo á cuerpo.

HOMENAJE AL GENIO. Francisco I sostenia en sus brazos al moribundo Leonardo de Vinci, y prodigaba los mas afectuosos cuidados y pruebas de su amistad al ilustre pintor de la bella Joconda. Escandalizáronse de eso algunos cortesanos y el protector de las letras y de las artes les dijo: —Un rey hace con frecuencia caballeros mas grandes que vosotros: Dios solo hace hombres tan grandes como Leonardo de Vinci.

P. ¿Qué es lo que se deja quemar por guardar un secreto?

R. El lacre

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.